

Pablo Neruda

Viñetas de luto

(Tomado del libro «Anillos», en prensa).

DESAPARICIÓN O MUERTE DE UN GATO



TAMBIEN la vida tiene misterios sencillos e inaccesibles, existen los rumores del granero inacabablemente, el perpetuo acabarse de las nueces verdes y amargas, la caída de las peras olorosas madurando, se reviene la sal transparente, desaparece o muere el gato de María Soledad. Hasta su cola era usada como un instrumento, el color era de retículos negros y blancos, era una forma familiar y animada andando en cuatro pies de algodón, oliendo la noche fría y adversa, roncando su actitud misteriosa en las direcciones de la alfombra.

Se ha escurrido el gato con sigilosidad de aire, nadie lo encuentra en la lista de sol que se comía atardeciendo, no aparece su cola de madera flexible, tampoco relucen sus verdes miradas pegadas a la sombra como clavándolas a los rincones de la casa.

Ahí está María Soledad, con los cuadros del delantal jugando con los ojos a los dedos, pensando en los rincones preferidos del gato y en su fuga o en su muerte

de la que ella no es culpable, María Soledad a quien también le cuesta vigilar sus ojos anchos. Para los días que dure la ausencia deja de ponerse alegre como si el color del gato hubiera estado anillado con sus risas de agua. En la noche estarían estremeciendo el fulgor de la luna, él a los pies de ella, pasarían las rondas de la noche, tocarían las grandes horas solitarias; entonces María Soledad, está más lejos, con esa lejanía de ojos cerrados, pasan campos y países debajan puentes, cielos, no se llega nunca, nunca a fondear tu sueño a ninguna distancia, con ningún movimiento. María Soledad, sólo tu gato fulgurece los ojos y te sigue, ahuyentando mariposas extrañas. Ahí está de repente, a la orilla de un viejo mueble, aparece con su pobreza verdadera, con su realidad de animal muerto, entonces estás llorando de nuevo María Soledad, tus lágrimas caen, lagunan al borde del compañero, la sola muerte señala el llanto caído, más allá el balcón de los sueños sin regreso.

TRISTEZA

Duerme el farero de Ilelai debajo de las linternas fijas, discontinuas, el mar atropella las vastedades del cielo, ahuyentan hacia el oeste las resonancias repetidas, más arriba miro, recién construyéndose, el hangar de rocíos que se caen. En la mano me crece una planta salvaje, pienso en la hija del farero, Mele, que yo tanto amaba.

Puedo decir que me hallaba cada vez su presencia, me la hallaba como los caracoles de esta costa. Aún es la noche, pavorosa de oquedades, empollando el alba

y los peces de todas las redes. De sus ojos a su boca hay la distancia de dos besos apretándolos, demasiado juntos, en la frágil porcelana. Tenía la palidez de los relojes, ella también, la pobre Mele, de sus manos salía la luna, caliente aún como un pájaro prisionero. Hablan las aguas negras, viniéndose y rodándose, lamentan el obscuro concierto hasta las paredes lejanas, las noches del Sur alucinan a los centinelas despiertos y se mueven a grandes saltos azules y revuelven las joyas del cielo. Diré que la recuerdo, la recuerdo; para no romper la amanecida venía descalza, y aún no se retiraba la marca en sus ojos. Se alejaron los pájaros de su muerte como de los inviernos y de los metales.

LA QUERIDA DEL ALFEREZ

Tan vestidos de negro los ojos de Carmela, (*Hotel Welcome*, frente a la prefectura) fulguran en las armas del alférez. Su corazón está hecho de cuadrados negros y blancos, tablero de días y noches. Saldré alguna vez de esto, cantan los trenes del norte, del sur y los ramales. El viento llena de pájaros y de hojas, los alambres, las avenidas del pueblo.

Para reconocerla a ella, (*Hotel Welcome*, a la izquierda en el corredor) basta la abeja colorada que tiene en su boca. Un invierno de vidrios mojados, su pálido abanico.

Hay algo que perder detrás del obstáculo de cada día. Una sortija, un pensamiento, algo se pierde. Por enfermedad tenía ese amor silencioso.

Apariciones desoladas, los pianos y las tejas, dejan

caer el agua de invierno de la casa del frente. El espejo la llamaba en las mañanas sin embargo. El alba empuja su paisaje indeciso. Ella está levantándose al borde del espejo, arreglando sus recuerdos. Conozco una mujer triste en este continente, de su corazón emigran pájaros, el invierno, la fría noche. (*Hotel Welcome*, es una casa de ladrillos).

Ella es una mancha negra a la orilla del alférez. Lo demás son su frente pálida, una rosa en el velador. El está boca abajo y a veces no se divisa.

T. L.

A caballo en *Solveigs Lied*, corazón tatuado a correazos con perfumes y ausencias, ahí está con la mano, apretando avalorios, tristemente extendiendo lazos de infinitos, corre a cazar los pájaros que el alba despierta o despegando sangrientos caracoles de la pared de la noche los atrae al oído y aturden sus altos ecos y tiene el corazón cruzado con un velamen de partida y un ancla de fondeo, él que es mi camarada, grandote, con su sonrisa ancha de compañero querido, lo veo afirmado en un mástil, escribiendo en el suelo sus números de nostalgia, largamente triste, mi amigo con la botella negra y el cuchillo y la soledad que él necesita para sus redes profundas.

Amanece de pronto, él está ahí a mi lado, a mi lado está, va cantando a mi lado los resonantes estribillos o las copas vacías le cortan el semblante, o por lo menos lo veo en su retrato de gala, desnudo el hermoso cuerpo y la visera para arriba, dorado de fuerzas ale-

gres, sin embargo con la fristeza de una cruz negra a la orilla del pecho.

También tiene el alma hecha con cuadrados inmóviles, rompen entonces, teclas repitiéndose, como una carretera de un continente distante, tiene en él las estaciones inconclusas o tiramos al fondo del día conversaciones sin objeto, como las monedas de un país desaparecido. Ahí es donde empieza su corazón a entrenarse, araña de metales nocturnos, jazz band de sonámbulos y una novia enterrada, que es la noche profunda que él la decora con luciérnagas negras, le pongo en la frente una rosa de prisa. Después nos reconocimos desde lejos, dando vuelta un camino, y se trasluce la mano oscura de Pablo entre la mano blanca de Tom, pasan los túneles y el sol las cruza y sus oscilaciones gravitando.

Él y yo, transidos otras veces tumbamos pesadas manzanas, es de noche, es de noche, ahuyenta las misteriosas veladuras del cielo, pero de repente no me acuerdo de cuál de los dos estoy hablando.

O C E A N A.

Cómo me costó conformarme, no verte para nunca, y apareció el otoño en el rincón de tu pueblo. Las hojas destrozándose señalan las fechas del abandono. Triste, triste es la soledad. En la puerta estás tú, muñeca de ojos redondos. Buques de minerales doloridos, flor azul amanecida entre brazaletes y restos de naufragio. Bueno, desde lejos te tiro mi ansiedad, aparejada con correas difíciles, quiero que te sorprendas, cuando salga la niña con su novio, al lado de él estaremos fijamente

interesados. Entre nosotros dos un itinerario atravesado de siembras y caminos, me acuerdo de ti. A veces se te aparecía algo detrás de los ojos como una cara pegada a los vidrios en una casa sola. Me acuerdo de ti, seis olmos acorralan tus dedos en ese callejón sombrío. Encantadora como una estrella o un triángulo, trabajas sin duda en ponerle nombre a los días, los guardas en el fondo de tu caja, los envuelves en pañuelos azules que tienen tanto llanto, y el mar es el lejano ribete que ha de trasformarlos. Señorita de circunstancias doloridas, tu alma está hecha para el naufragio como la embriaguez de los pilotos y las embarcaciones de papel.

En la mañana, cuando el sueño se hace denso, se pega a los vidrios un tren de rosas de aldea, un tren llegando de los campos, y cuyo humo paraliza el ladrido de los millares de perros. Viene de los campos y se queda allí detenido en la ventana toda la mañana nocturna, con su olor de rosas de los caminos.

SOLEDAD DEL OTOÑO

Con gran pasión las hojas arrastran quejando, los pájaros se dejan caer desde las altas pajareras y ruedan ruidosos hasta el pálido ocaso, donde destiñen levemente, y existe por toda la tierra un grave olor de espadas polvorientas, un perfume sin descanso que hecho una masa por completo se está flotando echado entre los largos directos árboles como un animal gris, pelado, de alas lentas. Oh animal del otoño, hecho de desechas mariposas con olor a polvo de la tierra no-

tándose aún callado en la noche que sube de los agujeros tapándolo todo con su manto sin cesar.

Por la tarde es un capullo frío de donde como negras flores emergen sombras, pasan carruajes triturando el amarillo de las hojas, amarillo lívido de caídas muertas arrastradas quebradizas lencerías, parejas inclinadas en sí mismas que pasan tambaleando como campanas, dirigiéndose hacia esa dirección en que un naipe de metal en monedas descuella sobre la pared. Otoño asustado, vaivén de cosas sin ruido que olfateándose se divierten, de esa manera irreductible por la cual el ciego conoce el terciopelo y la bestia se somete a la noche.

Hasta clavado implacablemente en la atmósfera que rodea las constelaciones, circulas como un anillo largo aventando soledades, trizas de ilusiones, aquellas no ya definitivamente perdidas, porque son las que el viento puede cimbrar, dejar caer a latigazos, flotando entremedio de las montoneras de hojas rotas, sumiéndose en lo profundo de los patios deshabitados, de las alcobas demasiado grandes, llegando a todo inundarlo y a establecerse como no se puede decir qué composición misteriosa en los espejos, en las ateridas arañas de luz, en los flecos de los cansados sillones ay porque todo eso quiere recobrase hacia su verdadera, ignorada vida secreta y tira a regresar sin sentirse demasiado muerto.